

# La mente encarnada o el cuerpo como depósito

Carlos Urani Montiel\*  
Shiddarta Vásquez Córdoba\*\*



La casa de Mariduque. 1970 / Óleo sobre lienzo, 180 x 186 cm.

El cuerpo antecede a la razón; de hecho, no existe posibilidad de expresión fuera del dominio corporal, ligado siempre a un contexto específico y a un entramado de experiencias. La lingüística cognitiva y la antropología toman distancia respecto a la corriente filosófica occidental que pondera a la razón y la considera una facultad independiente del sistema sensoriomotor. Sin embargo, cuerpo, razón y medio ambiente operan de forma simultánea y es precisamente en su interacción donde reside la base del pensamiento, evolución y experiencia.

Distintas disciplinas han estudiado al cuerpo como una construcción cultural con el objetivo de explicar el modelo corporal que cada época y sociedad ha impuesto, al igual que de sus transformaciones.<sup>1</sup> En este artículo nos proponemos revisar los fundamentos histórico-sociológicos de la teoría de la corporización (*embodiment*), propuesta por George Lakoff y Mark Johnson, reinterpretada por Antonio Damasio,<sup>2</sup> con el fin de promover su extensión hacia otras áreas, como la crítica literaria.

La mente encarnada postula que “nuestras expe-



*Cena con Piero e Ingres. 1968 / Óleo sobre lienzo, 166 x 193 cm.*

riencias con objetos físicos (especialmente nuestros propios cuerpos) proporcionan la base para una variedad extraordinariamente amplia de [...] formas de considerar acontecimientos, actividades, emociones, ideas, etcétera, como entidades y sustancias”.<sup>3</sup> La hipótesis fundamental es que la proyección del pensamiento parte de la dimensión corporal (física, motora, perceptiva) hacia los procesos racionales (intuición, inferencia, deducción, reflexión, etcétera).

De forma inevitable, el tema alude al dualismo substancialista. La ruptura entre cuerpo y alma se remonta a Platón, para quien los cuidados de un filósofo no tienen por objeto el cuerpo, sino que deben “prescindir de éste todo lo posible a fin de no ocuparse más que de su alma”, y sólo así, adquirir conocimiento. Simmias, interlocutor de Sócrates, queda convencido de que “el cuerpo nos opone mil obstáculos por la necesidad que nos obliga a cuidar de él, y las enfermedades que pueden presentarse turbarán también nuestras investigaciones”.<sup>4</sup> El monoteísmo medieval cristianizó las fuentes clásicas y se suscribió a la misma dicotomía. La particularidad de los opuestos reside en que el control del cuerpo devenía en bienestar del alma. Si mediante la renuncia de los placeres carnales se conseguía el favor espiritual, el cuerpo

era entonces el medio preliminar que garantizaba el bienestar eterno. Durante la Contrarreforma el hombre yace entre dos polos: la insegura realidad cotidiana y el anhelo de salvación. Así, el hombre quedaba compuesto por dos elementos, cada uno con subsistencia independiente: el cuerpo concebido en el vientre materno; y el alma infundida por Dios en esa misma carne y huesos que adquieren movimiento.<sup>5</sup>

La descripción de estos modelos muestra la interacción entre cultura e individuo y hace del registro corporal un entramado simbólico, aparato semiótico que enuncia un lenguaje, carne flexible a la que se aplican marcas y castigos, depósito de identidades, instrumento místico y espacio virtual, un canal informativo que transporta usos, modas y costumbres. Al respecto, Clifford Geertz opina que “entre lo que nuestro cuerpo nos dice y lo que tenemos que saber para funcionar, hay un vacío que debemos llenar nosotros mismos, y lo llenamos con información (o desinformación) suministrada por nuestra cultura”.<sup>6</sup>

En este sentido, los medios para controlar al cuerpo están determinados por las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) que canalizan la conducta individual y transfieren una ideología colectiva en términos de acción y pensamiento.

**El éxito del poder disciplinario, continúa Foucault, “se debe sin duda al uso de instrumentos simples: la inspección jerárquica, la sanción normalizadora y su combinación en un procedimiento que le es específico: el examen”.**

Michel Foucault distingue dos tipos de tecnologías que se focalizan en el sujeto; una práctica, que disciplina al individuo y en donde intervienen instituciones de control; y otra subjetiva, destinada a la conceptualización del yo. Ambas combinan sus técnicas de tal forma que descomponen el sentido de multitud uniforme; es decir, crean individuos. Su instrucción se encamina a la explotación del actuar autónomo, pero también al provecho de esfuerzos combinatorios y al sometimiento voluntario de patrones de comportamiento. Foucault ubica la aparición de una estricta disciplina como arte de entrenamiento a inicios del siglo XVII, cuando el ejército y las órdenes religiosas se consolidan como profesión y poseen una estructura jerárquica. El propósito disciplinar al cuerpo es su adiestramiento, que conlleva a la reducción de posibles comportamientos y a la sujeción de una voluntad ajena que se percibe como propia. El éxito del poder disciplinario, continúa Foucault, “se debe sin duda al uso de instrumentos simples: la inspección jerárquica, la sanción normalizadora y su combinación en un procedimiento que le es específico: el examen”.<sup>7</sup>

Si entendemos al cuerpo como producto de una construcción social, no negamos su parte animal, sino su inserción en tramas de significado en continuo movimiento. Una creencia práctica, para Pierre Bourdieu, no es un “estado del alma”, ni una especie de adhesión hacia dogmas y doctrinas, sino un “estado del cuerpo”; un apego inmediato que concilia el acto espontáneo con el tiempo del hábito.<sup>8</sup> La anatomía como recordatorio, como autómatas que repite acciones, sirve también como depósito de valores y normas.

Desde esta perspectiva la corporización puede ser reveladora para el análisis de textos literarios. Tal es el caso de los *Ejercicios espirituales* de Loyola,

la literatura hagiográfica y la picaresca, ejemplos en los que el cuerpo funciona como antagonista, protagonista o motivo, respectivamente. Pensemos, por último, en dos personajes de José Revueltas. En esencia, las características físicas de El Carajo (*El apando*) y del Tuerto Ventura (*Los días terrenales*) son las mismas, sólo que este último es un líder, consciente de su cuerpo mutilado, que logra imponerlo, ganarse el respeto y pronunciar la palabra de mando; caso contrario del *apandado*, que “no servía para un carajo, con su ojo tuerto, la piedad tullida y los temblores con que se arrastraba... sin dignidad”.<sup>9</sup> Así, no son los impedimentos físicos los que truncan el actuar del personaje literario, sino la conciencia de su propio cuerpo y su proyección hacia los otros. Es por eso que el muñón del brazo izquierdo del Tuerto Ventura logra “transformarse en un absurdo pedazo de carne autónoma y viva como un pequeño animal independiente, casi se diría con conciencia propia y a la vez malévolo, siniestro y lleno de actividad”.<sup>10</sup>

\* Docente-investigador de la UACJ.

\*\* Docente de la Facultad de Antropología de la UV.

<sup>1</sup> Para un estudio exhaustivo, vid. Michel Feher et al., *Fragments for a History of the Human Body*. Urzone, New York, 1989; y Elsa Muñiz, *Registros corporales: la historia cultural del cuerpo humano*. UAM, México, 2008.

<sup>2</sup> Mark Johnson, *The Body in the Mind: The Bodily Basis of Meaning, Imagination, and Reason*. U of Chicago P, Chicago, 1987; y Antonio Damasio, *Descartes' Error: Emotion, Reason, and the Human Brain*. Avon Books, New York, 1994.

<sup>3</sup> George Lakoff y Mark Johnson, *Metáforas de la vida cotidiana*. Cátedra, Madrid, 1986, p. 64.

<sup>4</sup> Platón, *Fedón, o de la inmortalidad del alma* (ed. Luis Roig). Espasa-Calpe, Madrid, 1975 [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes].

<sup>5</sup> Vid. Miguel Núñez Beltrán, *La oratoria sagrada de la época del Barroco*. Universidad de Sevilla, Sevilla, 2000, pp. 281-328.

<sup>6</sup> Clifford Geertz, *Interpretación de las culturas*. Gedisa, Barcelona, 1992, pp. 55-56.

<sup>7</sup> Michel Foucault, *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, México, 2005, p. 175.

<sup>8</sup> Pierre Bourdieu, *El sentido práctico*. Taurus, Madrid, 1991, p. 117.

<sup>9</sup> José Revueltas, *El apando*. Era, México, 1977, p. 15.

<sup>10</sup> José Revueltas, *Los días terrenales*. Era, México, 1973, p. 19.